

VERBO ROJO

PERIODICO DOCTRINARIO. ORGANO DE LA CLASE PROLETARIA

Lema: Luchar es vivir; vivir luchando es triunfar.

DIR ECTOR:
MANUEL V. GARRIDO C.

ADMINISTRADOR: DOMINGO VELEZ

REDACTORES: } MIGUEL C. AVILES P.
LUIS FARIAS

AÑO I.

Panamá, Septiembre 17 de 1917.

NÚMERO II

"VERBO ROJO"

Aparecerá los Jueves y se venderá al pregón por valor de UN REAL el número suelto. Se servirán suscripciones a razón de UN PESO plata por una serie de doce números.

La colaboración SERA SOLICITADA y los remitidos, avisos, etc., se publicaran a precios convencionales. Los originales que no se publiquen, se devolverán a petición del interesado.

Los artículos políticos que no sean de la redacción irán firmados por sus autores, así como los que envuelvan cargos de cualquier índole.

Toda la correspondencia dirijase al apartado 260.

SECCION EDITORIAL

La Compactación Liberal

El pacto político que acaba de celebrarse entre los elementos disociados del liberalismo, a excitación del señor doctor Ramón M. Valdés, ha sido objeto de entusiasmos en unos y de recriminaciones en otros. De una parte la gente cuerda del país, y de la otra los eternos enemigos de la concordia. Sin embargo todo parece demostrar que la compactación de la familia es un hecho y que de nada servirán las bravatas que, en derredor de una atmósfera viciada, pretenden provocar aquéllos que creyeron apoderarse para siempre del cetro de la República.

Perfectamente identificado con la opinión pública ha procedido el doctor Valdés; y es por razón lógica la misma opinión pública la que va a rodearlo. De aquí que su actitud, mil veces digna y noble, sea la fuente positiva de su futuro engrandecimiento. Los mandatarios que tal proceden pueden vivir en la plena seguridad de que la menor nube no ha de agitarse en el seno de sus labores administrativas.

¿Quién que se juzgue, pues, un poco empapado en los problemas sociales de esta naturaleza, se atrevería a tildar de mala la conducta del señor doctor Valdés? Sólo las pasiones o el germen de rebelión que algún caudillo desahuciado haya sembrado de antemano. Lo demás es cuestión que el Tiempo, verdadero fiscalizador de los hombres y las cosas, se encargará de juzgar.

Nosotros que nos enfrentamos al ciudadano, hoy Presidente en la última campaña eleccionaria, no somos en verdad los llamados a calificar este hecho que reviste caracteres morales de gran significación, porque con ello nos expondríamos a la crítica de los que con él vencieron; pero, vista con parcialidad la cuestión desde el punto de vista político, es deber nuestro reconocer que, no a otro más que al doctor Valdés tocaba plantear el problema que los conservadores COMPACTADOS habían colocado sobre el tapete, en

tanto que nosotros los liberales le miráramos con criminal indiferencia. Prueba esto además que el doctor Valdés no es hombre que guarda rencores y que en su corazón existe hidalguía para los que cayeron, y amor para con los que se había hermanado desde su niñez.

Un semanario de esta localidad, dichosamente poco leído, en artículo titulado "La unión liberal", obra tal vez de una pluma que vive bajo la férula del caudillaje, hablando sobre estos recientes sucesos, censura de manera poco cortés el gesto recomendable y glorioso con que el doctor Valdés acaba de ceñir su frente en nombre de la Democracia. Ese escritor conoce poco en qué estriba la honra de un Jefe de Estado; cuál la obligación moral de un Jefe de Partido y cuánto de valor intrínseco encierra la carta política del doctor Valdés u obra a tientas y a locas inspirado por algún residuo de la borrachera política que el doctor Porras inculcaba en aristócratas y plebeyos para conseguir sus propósitos de ayer y sus ambiciones del mañana.

Existe, por otra parte, la circunstancia muy visible, de que lo que ahora ha hecho el doctor Valdés debió haberlo hecho también el ex-Presidente Porras si creía tener derecho a llevar el apellido de liberal; pues, de este modo no nos habría dejado un Poder Público en que impera la doctrina filosófica de los neo-conservadores, a sabiendas de que el país es en su mayoría liberal. Pero esto no lo hizo así porque odiaba a muerte a sus compañeros de otros tiempos que le habían dado nombre, fama y prestigio; y prefería que todos los poderes quedaran en manos de los que le negaron hasta la ciudadanía a trueque de sitial por hambre a sus adversarios, quienes, mal que nos pese decirlo, llevan en sus conciencias el pecado mortal de no haberle castigado de algún modo sus infamias, sus delitos y sus apostasías.

Nuestro liberalismo de pure sang que en ninguna lucha, ni aún en las más difíciles, ha tenido, dobles ni manchas que desdigan de su pureza, nos faculta con su prestigio, no sólo para aplaudir al doctor Valdés, si que también para recomendar a los LIBERALES TODOS a que le rodeen sin demora, si es que se quiere de buena fe el nombre de la causa que encarna nuestros desvelos y nuestras esperanzas, a la vez si se desea de corazón el progreso de la Patria. Por otra parte, seríamos innobles si desecháramos la presente ocasión que viene a ser como un círculo de hierro en que se ha de reunir el elemento formidable de nuestras legiones para echar por tierra definitivamente los ídolos del adversario común.

La Libertad en Rusia

En artículos publicados en este mismo semanario con motivo de las conferencias de un orador sagrado que trataba de manera impropia la cuestión social, dejamos establecida la diferencia que existe entre el socialista moderado que desea hacer surgir sus ideas por medio de la evolución metódica y el revolucionario que clama por la revelión para hacer desaparecer de un golpe las viejas instituciones, viendo en su optimismo la posibilidad de establecer la igualdad absoluta sin parar mientes en que el mundo no está aún preparado para cambio tan radical; lo que hace indispensable educar las masas a las que se ha de ir dando gradualmente la posesión de sus propios destinos, a fin de que sepa hacer uso de la libertad sin que caiga en el libertinaje, opuesto abiertamente a la doctrina socialista cuyo canon primordial es la equidad.

No hay, pues, que confundir a los que aspiran a modificar lentamente las costumbres hasta hacer desaparecer el egoísmo y la ambición y los que "a fuerza de sufrir vejaciones y miserias ansían no sólo padecer menos sino no padecer."

El hombre que disponiendo de un átomo de inteligencia y que contando con vestigios de dignidad siente sobre sus espaldas el látigo infamante y la explotación sin límites, sin más esperanza de alcanzar justicia, vé la necesidad de revelarse y así lo hace a la primera oportunidad, sin más objetivo que arrojar el yugo, ni más ideales que una felicidad cuya fuente no conoce ni es capaz de descubrir.

Hay pueblos que no pueden ser libres. Sebastián Gomila ha dicho: "Donde brillan los rayos de un sol espléndido, hierva la sangre, romanz las venas, cunde la alegría."

El espíritu de independencia no es planta de estufa; necesita del beso continuo del astro que impone el día." Rusia no puede ser libre.

Precipitar al pueblo de las nieves en los brazos de una libertad completa, fué el mayor de los desatinos, un pueblo que soportó por largos siglos la coyunda de una dominación absoluta, que sintió sobre su cerviz, siempre inclinada el tacón de la bota del tirano, donde la luz de la Civilización jamás irradió, Rusia, donde ser esclavo era algo más que una costumbre, era un orgullo; podían surgir espíritus rebeldes, almas revolucionarias, seres cuya dignidad de hombres o la percepción de la libertad extraña impulsaron a declarar la guerra, guerra sin cuartel a la tiranía, pero no contenía un pueblo de hombres conscientes que supieran ser libres, una vez conquistada la libertad.

En Rusia las masas proletarias, no tuvieron jamás nociones de otro estado que el presidido por su Emperador absoluto, dueño de vidas y señor de haciendas, no conocían más instituciones que las de la tiranía, ser pobre era ser paria; ser rico era ser amo. La patria es para el ruso, el

radio de acción de la tiranía y esos ríos, esas llanuras, esas montañas tan ricas, esos tesoros que hoy los alemanes recogen a mansalva a favor del abandono de un ejército desmoralizado, no son más que la fuente de opresión los unos, y, el producto de esta los últimos. Para qué defenderlos? qué más importa que los dueños sean estos o aquellos tiranos? tuvieron los poseedores de la riqueza, compasión del paria en su miseria? No fué ahogada en sangre toda proclamación del derecho, toda voz de protesta, todo gesto de dignidad? Ofreció la patria protección al proletariado, abrigo al huérfano del obrero o libertad al hombre de la gleba? Hubo garantías para el que la naturaleza produjo desposeído de riquezas o desprovisto de títulos? Se pensó alguna vez en que el paria, el obrero, el hombre de la gleba habían de ser el soldado que debía defender la PATRIA de la acometida de un poder extraño. Se educó a las masas viendo en ellas el arsenal de defensores de esa PATRIA que hoy exige el sacrificio de sus vidas? Cuál es el crimen, cuál la traición de los ejércitos, si nada se hizo para engendrar el patriotismo? Por qué se acusa a los que no quieren pelear contra quien viene a destruir lo que por siglos fué causa de sus padecimientos; la riqueza de los nobles, de sus explotadores, de sus verdugos? ¿Dónde está la causa del desmoralizamiento del ejército de Rusia, en su cobardía o en la falta de vínculos entre el hombre del pueblo; es decir entre el soldado y los dueños del país?

La catástrofe de Rusia, débese a que el pueblo de esta tierra "no puede ser libre", porque no está preparado para hacer uso de la libertad; no puede amar aquello que jamás le prodigó algún bien; la Patria, la riqueza nacional, la autonomía del país que son para el ruso de la Gleba? Nombres que significan la opresión. La Patria, el dueño de ella les mantenía en la abyección y los mandaba a Siberia si no los exterminaba al más leve gesto de protesta; la riqueza era el fruto de su padecimiento y de su eterna humillación; la autonomía del Estado no les permitía encontrar refugios allende las fronteras porque eran devueltos por los países que, aunque escandalizados ante tanta ignominia, tenían que respetar la soberanía de un país y de sus leyes absurdas.

Hace mal, pues, el editorialista de "La Estrella" cuando culpa al socialismo de los males de Rusia derrotada; no puede exigirse sacrificios a quien carece de ideales y, los parias de Rusia no los tienen.

Causa de la catástrofe de este desgraciado país, la ignorancia en que el orgullo y la ambición de los tiranos tuvo sumido al pueblo moscovita; las doctrinas socialistas nada tienen que ver con ella; por otra parte, la revolución rusa es acaso una revolución socialista? Más adelante nos ocuparemos del estudio de esta cuestión.

José Napoleón.

Charlas Políticas

IV

Reía muy frescamente don Tiburcio sentado en una de las bancas del Parque de Santa Ana, cuando se llegaron a él Juan y Antonio, quienes le preguntaron a un tiempo:

—Hola, don Tiburcio, está muy refrito usted, qué le pasa?

—De nuevo casi nada, amigos míos. Estoy repasando uno por uno los sucesos que se han desarrollado últimamente.

—Los sucesos políticos o los sucesos sociales?

—Ambos a la vez.

—Y cuál ha sido su conclusión?

—Lo que esperaba, y los que ya les había dicho: la unión del Partido de mis desvelos.

—Ah, tiene usted razón. Se refiere a la carta del doctor Valdés y a las de los Directorios liberales distanciados.

—Ecole. Parece que el horizonte se despeja!

—Cosa que mucho entusiasmo. ¿No es verdad?

—Claro! Sobre todo porque a esta hora estarán los porristas cambiando de colores como el camaleón.

—O como las hojas del camito.

—Según se murmura por esas calles de Dios, diz que los tales porristas van a dirigir un manifiesto al país pidiendo la destitución de Morales y excitando a los Directores Valdesistas para que no se lleve a cabo la unión. ¿Qué ha oído usted decir al respecto?

—Pero, señores, quiénes son esos porristas de que ustedes hablan?

—Pues los carneros que aún tiene el célebre Meneandro.

—Qué carneros ni que pan caliente. Este hombre es un enfermo a quien los médicos han recetado aguas termales y baños turcos para ver si es posible que se salve.

—Y olvida usted acaso a Barahona, Mina, Zúñiga, etc.?

—No juegen ustedes y hableme de sucesos más interesantes que llamen al menos mi atención. Deben ustedes comprender que sólo soy yo quien puede y nada más.

—Pues hablemos de lo que usted guste don Tiburcio.

—Eso, es; el tiempo es oro, como dicen los avisos del despacho del Secretario Andreve, y yo quisiera emplearlo como tal.

—Al grano. De qué quiere usted que hablemos? ¿De la guerra europea? ¿de la crisis fiscal? ¿De la unión del liberalismo o de Porras?

—De todo, menos de lo último.

—Qué, por despecho o por desprecio?

—POR MORALIDAD.

—Hablemos entonces de la Unión liberal, don Tiburcio. ¿Qué opina usted?

—Que antes debía haberse hecho lo que ha resultado.

—Luego entonces aplaude, usted la conducta del doctor Valdés, Jefe del Ejecutivo?

—No sólo la aplaudo sino que la venero. Su conducta además de me-